

## SOBRE EL ESTUDIO

*A Monseñor Carrasquilla.*

CONFERENCIA DICTADA POR EL DOCTOR JOSE IGNACIO VERNAZA A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE SANTA LIBRADA DE CALI

Alumnos de Santa Librada:

Desde un puesto más visible, pero no más alto que esta cátedra, decía yo hace algún tiempo a los niños de las escuelas, en la Fiesta del Arbol y de la Bandera, unas cuantas verdades inspiradas en mi predilección por la niñez. Por designación del rector de este Colegio vengo hoy a dictaros una conferencia. Nada para mí tan placentero, porque hablar con la juventud es purificar la mente, levantar el corazón y sentir el alma henchida de nobles propósitos.

¿De qué hablaros? Amplio es el tema. Mas como a estudiantes me dirijo, quiero hablaros de las excelencias del estudio. Vosotros principiáis a descorrer el velo de la ignorancia que oculta a vuestros ojos ese límpido cielo en donde fulge, como único sol, la verdad. Es la época primaveral de vuestra existencia, en la cual soñáis con parajes encantados y en que os preparáis para futuras y decisivas actuaciones. Sois la semilla que debe caer al pródigo surco y levantar mañana; si pues no escogéis bien el sembrador, si no tenéis quien os cultive y limpie la maleza que aridece el terreno hasta el punto de haceros marchitar, podréis entonces languidecer, no seguir tras la verdad y no lograréis descorrer bien el velo que os deje contemplar, con nítida visión, la estrella que os enamoró y de la cual podréis llegar a ser después enemigos por ignorancia.

La ignorancia! Hé ahí el enemigo de la humanidad.

El hombre que estudia se hace el mejor aliado de la verdad y mayor será su contacto con ella a medida que más aprenda. El hombre ignorante sentirá con rigor el aguijón de la pobreza, plantará su casa en lugares malsanos, cargará leña verde para su hogar, abrirá el surco en tierra infecunda en donde jamás verá fructificar la semilla, será el tardo pastor de sus rebaños, contribuirá a que su familia no alcance el sitio que debe ocupar en la sociedad, y en su vida atormentada no sentirá jamás las dulces y honestas fruiciones que proporciona el saber en cada esfera de la actividad humana.

El éxito y el triunfo radican en la sabiduría. Vosotros tendréis ocasión de verlo en vuestra vida y podréis testimoniario cuando meditéis sobre las páginas de la historia y en sus saludables enseñanzas. Grecia agranda y hace palpitar esas páginas por sus sabios. Y lo que de Grecia os diga es aplicable a Roma, a la madre España y a las demás naciones del viejo mundo. Entre nosotros mismos, en este mundo nuevo, solamente van cristalizando aquellas naciones que, como Estados Unidos, a su grandeza material han sumado la espiritualidad. Aunque nacidos en un nuevo mundo, no podemos prescindir de aquel viejo mundo en donde como en un jardín de hermosas y variadas flores, nació y se cultiva la ciencia que nos trajo el alma aventurera de los conquistadores. Y en esto radica la eternidad de la ciencia, en ser el hilo milagroso que nos une y que ata el alma indiana con el espíritu sutil del europeo.

Ved cómo pasan por estos claustros las frentes pensadoras de los primeros maestros, y ved cómo pasan y seguirán pasando las de los nuevos. No hay solución de continuidad, pues si entre nosotros y ellos todo pudo romperse, cuando rotas fueron las cadenas.

de la esclavitud, lo único que no se romperá nunca, es la enseñanza que nos dieron y la ciencia que nos trajeron los maestros de la Europa sabia. Así acaba de confirmarlo España con un homenaje rendido a la memoria de Caldas, honor tanto mayor para nosotros cuanto que con él prueba la tierra de Mutis, maestro del sabio granadino, la improbación de un holocausto hecho por la bárbara mano de un general español. Ese homenaje a través de los siglos es el puente de oro tendido entre España y América, que acorta la distancia y que nos une por el mágico poder de la ciencia que todo lo borra y todo lo conquista.

\* \* \*

Imaginad, oh jóvenes, que os han puesto a descuajar una selva. Eso es el estudio: estáis descuajando la selva de vuestra ignorancia. Al principio sentiréis fatiga, cansancio y vuestras delicadas manos sufrirán el frote rudo que las hagan hasta verter sangre; pero vosotros no desfalleceréis y a cada nueva aurora veréis el claro en la selva que se agranda y cómo van cayendo los árboles más altos y copudos. Si ruda es la faena, más dura aún es la del estudio y vosotros mismos podréis decírmelo en los años que hace que estudiáis en este colegio. Hay que hacer sacrificios que a vuestra edad son enormes, dada vuestra naturaleza inquieta, retozona y vuestra falta de equilibrio intelectual. Mas lograréis sobreponeros, domináis esos ímpetus propios de la juventud, tenéis la virtud de la perseverancia y el anhelo de ser los ciudadanos del mañana y entonces vais surgiendo de las tinieblas de la ignorancia, a semejanza de la estrella que aparta densa nube. Y súbitamente os sentís como dominados por una fuerza superior, comprendéis cómo el estudio os da vigor, cómo

mo os sentís más hombres, cómo crecéis, cómo podéis preguntar cosas serias a la vida, interrogar al cielo, a la tierra, a los seres, a todo! Entonces a medida que aprendéis cosas nuevas, preguntáis más, y el estudio os responde, os responde ese fiel amigo, vuestro libro y os enseña ese otro amigo fiel, vuestro maestro. Y la selva sigue cayendo y ya dueños del huerto plantáis en él vuestra cabaña y en ella principia para vosotros la interrogación de una vida mejor.

¿La interrogación de una vida mejor? Sí, porque la vida del espíritu no es sino una diaria interrogación, una pregunta permanente, un deseo insaciable de saber, de comprender, de averiguarlo todo. Radica en eso especialmente el avance, el movimiento de la ciencia, que como el océano, tiene su flujo y reflujo, tiene sus tormentas y oculta sus naufragios definitivos cuando no se tiene un faro luminoso que, desde la costa firme de las creencias, ilumine el puerto hacia donde vamos. El estudio eleva y dignifica mejor que la herencia que pudiéramos obtener por títulos nobiliarios o bienes de fortuna. Estos fenecen con el tiempo y en nulos tornan si no saben acrecentarse por el esfuerzo propio. El saber, como el cristal de roca, refleja siempre el mérito de las personas y las nimba de una aureola que infunde veneración y respeto. Es la calidad, el valer intrínseco, la sublime selección en que se agrupan los espíritus escogidos. Ejemplos podrían citarse a cual mejores y edificantes, de grandes hombres que dominaron su época por el saber, que iluminaron la ruta que transitaron y que son orgullo y honor de su raza y de su patria.

De entre aquellos ejemplos destaco uno que admiré siendo estudiante y que fue para mí enseñanza completa. Sirviome de término comparativo entre mi

vida estudiantil cómoda y holgada y la de aquel héroe que se modeló dentro del infortunio para poder surgir.

Era en la Escuela de Medicina y en plena juventud, en esa juventud loca y derrochadora de un caudal de vida que luego vemos mermar con honda melancolía a medida que avanzamos en la jornada. Aquel condiscípulo cuyas capacidades todos admirábamos, era un joven de veinte años y que cursaba anatomía. Humilde, callado, exacto, llegaba el primero a la clase sin faltar nunca, daba sus lecciones y cumplía estrictamente con todos sus deberes. Un día lo vimos de luto: su padre acababa de morir, y probablemente no podría continuar su carrera porque tenía que ponerse al frente de su familia, pobre y sin más sostén que él. Pero imposible que aquel alumno, en quien todos veíamos una promesa de efectivas realidades, dejara sus estudios. Una modesta colocación le dio la facultad para que continuara estudiando. Pero ésta le era insuficiente.

Una noche muy fría, cuando cómodamente disfrutaba yo de un sueño confortable, uno de mis maestros llamó a mi casa para que lo acompañara a una operación de urgencia. Partimos en un automóvil a todo correr y llegamos a un pueblo cercano a la capital. Cumplida nuestra misión y mientras el alba nos anunciaba un nuevo día, oímos el ruido que produce el motor de una planta eléctrica que cerca se erguía con sus soberbios edificios. Movidos por la curiosidad llegamos hasta ella y pedimos permiso para observarla. Cuál no sería nuestra sorpresa, cuando al penetrar en la sala donde se vigila la corriente eléctrica y se sigue su intensidad, vimos a un joven inclinado sobre un tomo de anatomía estudiando las circunvoluciones cerebrales. Sin llamar su atención, sin hacer el menor ruido, pues nos daba la espalda, nos retiramos. Era el condiscípulo que

ganaba de noche con qué aprender de día. Tragedia que aquel héroe libraba para alcanzar la cima.

¿Qué me diréis de este estudiante? ¿Quién de vosotros sería capaz de sacrificar lo más necesario que tiene la vida, el sueño, para coronar una carrera? Hermosa y grande enseñanza que pinta lo que es el espíritu que ansía la selección.

¿Y qué otra cosa son esos laboradores silenciosos, sino héroes que en noches de estudio, mientras el mundo busca el espectáculo y el muelle vivir, ellos, en la quietud de su gabinete de estudio, tras la lente de un microscopio o absortos en problemas físicos, químicos o sociales, se inclinan sobre el libro y buscan la anhelada incógnita para poder decirle al mundo el fruto de su saber e investigaciones?

Y toda esta labor ha quedado escrita en vuestros libros de estudio.

\* \* \*

Un libro! Un libro es el mejor amigo! Cuando andando el tiempo palpéis lo que es la vida y hayáis cosechado muchos desengaños; cuando en la quietud del campo o en la soledad de vuestro escritorio, sintáis la necesidad de comunicaros con alguien que no os importe, pues el espíritu siempre tiene esa necesidad, entonces buscaréis un libro y veréis cómo es el único amigo que aun cuando lo dejemos largo tiempo abandonado, tiene siempre abierto su corazón para enseñarnos y consolarnos. Por eso la escritura es un invento divino, porque por ella sabemos de lo pasado, porque por ella podemos leer, y leer es vivir lo que fue y poder escribir lo que será. ¿Qué sería del mundo sin los libros? No lo concebimos! La verdad no tendría cómo revelarse, ni cómo hacerse entender a quienes no la descubriesen por los hechos.

Es cierto que también hay libros malos que pueden extraviar el criterio de la juventud. Como el agua que toma el sediento sin saber que lleva en sus moléculas el microbio mortal, así un libro, tras una hermosa apariencia literaria, puede torcer un alma juvenil y extraviarla en sus ideas. Solamente una educación bien dirigida, una mente sana y una voluntad propensa al bien se defenderán de esa literatura enferma, escrita por hombres que sacan del vicio sus héroes mal olientes y pretenden enseñar virtud pervirtiendo la moral y desquiciando el orden.

Lo que estudiéis en este colegio, será mañana, fuera de él, vuestro derrotero. Si aquí habéis aspirado a ser los mejores, a cumplir con vuestros deberes, a libraros de la ignorancia y a sobresalir entre vuestros condiscípulos, movidos por ese noble estímulo que tan necesario nos es siempre en la vida, eso seguiréis siendo en la continuación de la carrera que elijáis y en vuestra vida de trabajo si no proseguís estudios.

No sacrificuéis estérilmente los días bellos de vuestra vida, dejándoos llevar, como ciegos, por aquel falso concepto de que podéis divertirlos, pues no tenéis sino veinte años. Cuánta juventud ha fracasado guiada por este funesto concepto! Cuánta juventud perdida por este error que ha hecho más estragos en ella que las fábricas de municiones o explosivos!

¿Quién era aquél joven gallardo, esperanza de su familia, que estudiaba con provecho y a quien súbitamente vimos caer por la pendiente del vicio, abandonar sus estudios y morir pobremente en un hospital, lejos de su hogar? Uno que a los veinte años creyó que el vicio puede curarse más tarde; y mientras tanto, se divertía. Por eso ha dicho Lacordaire: «Cuántos porvenires rotos! Cuántas familias sumidas en la desespe-

ranza por esta perversa doctrina que los gozosos discípulos de Epicuro llaman, riendo, "locuras de la juventud!" Locuras que no harán sino acarrearlos ruinas irreparables, amargas lágrimas, catástrofes.»

La conciencia que desde la juventud se pervierte, jamás alcanzará redención. En el curso de nuestra vida, no podremos desligarnos de un pasado de miserias juveniles y sobre nosotros caerá siempre el dolor de los extravíos. Cómo lo palpamos después!, cuando ya no hay remedio, cuando el mismo organismo tiene que purgar el desgaste que tuvo en sus mejores años. Y luégo la descendencia! Es en la descendencia donde el dolor físico hace sus estragos. Sífilis y alcoholismo, espectros misteriosos que minan la raíz del árbol juvenil, que matan y hieren sus fuerzas vivas y contra los cuales es preciso formar la santa cruzada que liberte a la humanidad de su ponzoña mortal. Huíd, oh jóvenes! de las locuras juveniles, para que no tengáis que sufrir después sus pavorosas consecuencias. Sífilis y alcoholismo! Una raza degenerada y enferma y una conciencia, si aún subsiste, lacerada por el remordimiento. Esos son los frutos que recoge la ciencia en las salas de los hospitales, inmunda primicia de una vida de placer.

\* \* \*

Estudiar es alejarse sin ruido de la costa del placer, ir muy adentro del mar del pensamiento, entre mil vientos encontrados y tripulando solos nuestro barco. Estudiar es modelarse, formarse una individualidad que no tenga miedo sino a su conciencia y a los malos procederes, erguirse solitario, tener fe en las mayores soledades, hacer el bien sin esperar recompensa y no desfallecer aun en las mayores tribulaciones. El estudio da una fuerza de convicción superior mil veces a la

de esos púgiles que quiebran sus huesos en los circos modernos para divertir a centenares de hombres que, como las turbas paganas, gustan de espectáculos feroces.

Es áspero y austero el estudio y para poseerlo hay que hacer muchos sacrificios. Pero en cambio el saber es un capital que no se agota y cuyo peso se siente a medida que la llave del estudio abre y cierra el arca en que guardamos ese tesoro. El tiene más brillo que el diamante, fuerzas sobrehumanas y anhela conquistar un mundo en donde poder vivir plácidamente.

Estudiad siempre con decidido empeño, con benedictino tesón. No se ciñe la corona aquel que tiene más capacidades, sino el que mejor estudia. Confróntase en la vida, casi siempre, este raro fenómeno: no es precisamente el joven que dispone de óptimas capacidades o disfruta de riquezas, el que aprovecha sus años de estudio y triunfa: es el que tiene fe y constancia, el que vence todos los obstáculos, el que salva esa barrera que a todo se opone y que se llama indiferencia. Mas no creáis que quien obtiene un título puede abandonar el estudio: es cuando principia este sagrado y paciente deber. Aviador que levanta el vuelo deseoso de no aterrizar nunca, el hombre de estudio volará siempre como un piloto de la vida intelectual. Jóvenes de Santa Librada: sed vosotros los pilotos del porvenir!

